

Socialización política: medios, autoridad y bien común.

# *La “cultura de la muerte”, enemigo público de la paz y de la felicidad*

*Carlos Sánchez Ilundáin*

El bien común se ha propuesto desde hace más de dos milenios como el fin de la sociedad<sup>1</sup>. La noción de bien nace de la relativa perfección de la cosa real (que, por poseerla, se hace atractiva para todos), y no en los pareceres subjetivos<sup>2</sup>. De ahí que la búsqueda del bien se convierta en el motivo último de la conducta humana —nadie quiere el mal—, y que del logro del bien nazca la felicidad<sup>3</sup>; es decir, la felicidad no se alcanza directamente, sino como el resultado de un bien poseído o como la consecuencia de unos medios libremente elegidos para alcanzar el objeto de una inclinación natural del hombre.

Sin embargo, el deseo de bien y de felicidad se suelen quedar en aspiraciones nobilísimas, si juzgamos por la precariedad de su alcance en la vida de algunas personas y de la sociedad<sup>4</sup>. Tal vez por esta razón se han escrito tantos libros y discursos sobre estos temas en el discurrir de la historia remota y, especialmente, en nuestro tiempo.

Intrigados por esta paradoja entre este gran deseo y la relativa escasez de frutos logrados en toda época —a pesar de la inversión de ingentes recursos materiales y humanos— decidimos indagar las razones de esta ineficacia en el ámbito de la política, cuando el desencanto con los partidos políticos experimenta un continuo ascenso en

todo el mundo<sup>5</sup>. El tono negativo de esta observación podría aplicarse también a otras dimensiones centrales de la vida del hombre, basado en datos suficientes, que, si bien no demuestran nada, merodean el asunto de que se trata.

No se puede obtener consuelo —a nivel científico por lo menos— al observar un mal de muchos, si no se demuestran las causas de ese distanciamiento del hombre contemporáneo de algunas prácticas fundamentales orientadas al logro de su plenitud. Con este fin, elegimos el marco teórico de la “socialización política”, desprovisto del matiz funcionalista dado por algunos de sus creadores<sup>6</sup>.

Un panorama distinto emerge cuando se toma el enfoque de la “socialización política” con una vocación humanista, es decir, con un sentido de fin. Todos los que obran lo hacen por un fin bueno o creyendo que lo es. El principio del absurdo se introduciría si no se obrara de esta manera. Todos buscan el bien propio y, a nivel social, el bien común. En el caso de conflicto entre estos dos bienes se resolvería a favor del bien común, so pena de

<sup>1</sup> No faltan en la historia del pensamiento quienes han negado ambos: la noción de bien y la de fin. Entre los más destacados figuran I. Kant y Max Scheler. Esta observación no nos produce asombro, pues los filósofos no suelen estar de acuerdo en nada, y lejos de ser un crítica, desea ser un cumplido indirecto, pues no se trata de estar de acuerdo sino de buscar de acuerdo a su objeto de estudio las últimas causas de las cosas.

<sup>2</sup> También en este apartado podemos encontrar pensadores que niegan o relativizan la realidad y, por consiguiente, tienen problemas con el estatus de la verdad. Entre algunos intelectuales contemporáneos se pueden citar los trabajos recientes de Savater, Vargas Llosa y Baudrillard. El eminente lingüista Chomsky desdena la realidad porque no aporta diferencias sustantivas para dar cuenta de la diversidad de la lengua; y, Robert Entman, científico de la política en la Universidad de George Washington, prefiere dejar de lado las controversias que plantea el encararse con las nociones de realidad y de verdad.

<sup>3</sup> En la historia del pensamiento abunda este aserto, desde Aristóteles a Tomás de Aquino; y entre los contemporáneos se puede consultar la obra de E. Gilson y E. Rojas.

<sup>4</sup> Algo similar pensaba el personaje de J. Joyce: “me dan mucho miedo esas grandes palabras que nos hacen tan infelices”

<sup>5</sup> Se ha argüido que el desencanto con la política lleva a la abstención ciudadana en este campo. Sin embargo, en las recientes elecciones francesas, la participación ciudadana en la segunda vuelta, 6 de mayo de 2007, alcanzó un porcentaje superior al 85%, a pesar del desencanto. Tal vez estos resultados se pueden explicar en parte debido a una tradición de más de 30 años con altas tasas de participación electoral, por un lado; por otro, a la “personalidad” mediática de los contendientes y, sobre todo, por la claridad de las “propuestas” de cada candidato a la ciudadanía, en un clima controvertido, donde se disuelve la ideología de partido, origen de muchas defecciones.

<sup>6</sup> Talcott Parsons y Robert Merton, en sociología; D. Easton y Jack Dennis, en las ciencias políticas, entre otros, muy en la vena de los estudios antropológicos de B. Malinowsky. Dado que ocurre tal cosa —parecen decir— debe de tener una “función” personal o social. Por lo tanto, la presencia duradera de ciertas “pautas” de comportamiento indica la existencia de una función latente o manifiesta, justificada por su ocurrencia. Esta lógica se sigue en la práctica política, por ejemplo, cuando se argumenta a favor de legalizar el aborto, la eutanasia y algunas drogas, porque ya existe de hecho un cierto deseo latente reprimido o una conducta manifiesta de “consecuencias” malquistas. Como defensa moral de unas prácticas, en principio “no queridas por nadie”, se suele invocar el recurso a la libertad o a las leyes del mercado, por lo general acompañado de razones humanitarias. Cada quien es libre de decidir según le parece; o, las ganancias del tráfico ilegal dejarían de ser atrayentes para el crimen organizado si se permitiera un consumo regulado. En cualquier caso, la legalización atenuaría tanto la tragedia involucrada siempre en estas prácticas clandestinas, como el número real de tales conductas. En estos argumentos no se suele aducir si las “pautas” de conducta son justas para el hombre al que se quiere representar en los modelos teóricos, o si la acción contemplada en términos morales es digna del hombre, considerando el objeto del acto, su fin y circunstancias, en cuya exposición no debemos adentrarnos ahora pues nos sacaría del tema tratado.

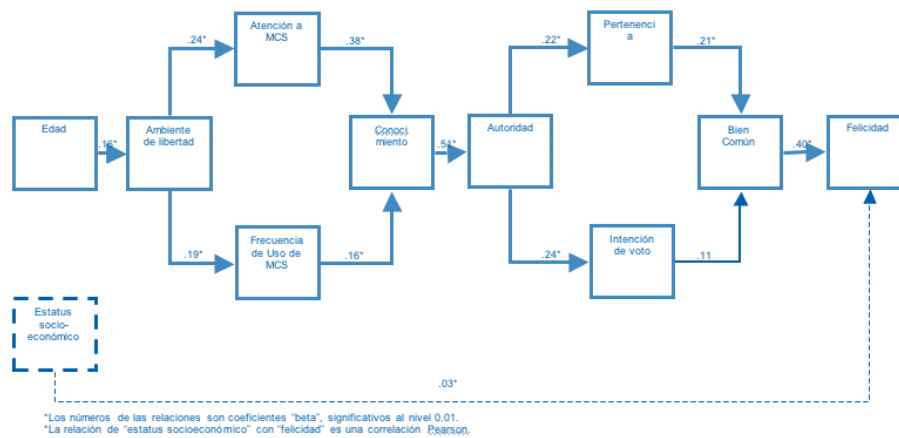
establecer el precedente de un individualismo ajeno a la comunidad y a la dimensión social del hombre.

En realidad, el bien personal no se opone al bien común. La convergencia de ambos en el bien lo impide y orienta además la realización de la persona en el seno de la comunidad, distinguiendo que el bien de la sociedad es superior al de cualquiera de sus partes. De ser esto así, las personas cuya conducta se dirigiera hacia el bien común deberían ser más felices, con independencia de su cuna o estatus socioeconómico. Entonces, la “socialización política” se definiría como el proceso mediante el que un conjunto de factores intervinientes en la vida del hombre van modelando su curso activo de cara a la contribución al bien común por medio de la política. Entre estos agentes destacan el origen social de la persona y la familia, los medios de comunicación y la estructura de la comunidad en que se vive.

El problema de este estudio radica entonces en determinar los componentes del bien común y los elementos que, causalmente, se ordenan a su consecución.

### El concepto de bien común

El bien común es un concepto complejo, difícil de resumir en unas cuantas líneas y, tal vez por esta razón, rara vez estudiado empíricamente en el campo de las ciencias sociales<sup>7</sup>. En la trayectoria milenaria de este concepto se han propuesto diversas dimensiones, siendo la “paz”, el “bienestar social” y los valores de la “cultura” las partes del bien común con más raigambre hasta nuestros días<sup>8</sup>. Diversos autores especifican que la raíz del bien común se halla en la misma naturaleza del



hombre, quien por medio del “conocimiento”<sup>9</sup> y el libre ejercicio de las virtudes aprendidas y ejercitadas mediante la cooperación y ayuda de los demás contribuye a su propio bien y, con el perfeccionamiento de las mismas, al bien de la comunidad<sup>10</sup>. Pero este proceso requiere a alguien de quien aprender, como veremos más adelante al tratar el concepto de “autoridad”, y que esta fuente de prestigio no guarde silencio acerca de cuestiones esenciales “cuando se le pregunta” o cuando sea necesario hablar para esclarecerlas. El refranero español proporciona un dicho elocuente en relación con este planteamiento: “Donde no hay mata, no hay patata”.

La “paz” se ha definido tradicionalmente como la “tranquilidad en el orden”<sup>11</sup>, es decir, la ordenación de las partes del sistema social respetando su justa jerarquía —no todo es igual ni pesa lo mismo— de tal modo que les permita alcanzar su fin. Por lo tanto, la prudencia en las decisiones del aparato legislativo, ejecutivo y judicial pertenece a este ámbito, así como las

instituciones encargadas del orden y la seguridad social. De aquí resulta la relativa “confianza” de los ciudadanos en sus instituciones: cuanta más justicia se perciba en el cumplimiento las funciones públicas por quienes se encargan de éstas, mayor será la confianza de los gobernados en su gestión.

El “bienestar social” se refiere a la justa distribución de lo necesario para llevar una vida digna en una comunidad y, por lo tanto, no se circunscribe solamente a los aspectos materiales, y respeta los ámbitos morales y espirituales de la persona humana<sup>12</sup>. Un mejor “acceso” al trabajo, la vivienda, a los cuidados de la salud de los ciudadanos habla de la bonanza de la justicia distributiva en un sistema social, que permite y

<sup>7</sup> Este escrito forma parte de una investigación sobre la “Contribución relativa de los medios de comunicación al bien común”, realizada por la facultad de Comunicación de la Universidad Panamericana.

<sup>8</sup> Por ejemplo, Antonio Millán Puelles propone estas tres dimensiones en sus obras Sobre el hombre y la sociedad, y La función social de los saberes liberales. Una propuesta similar se desprende del discurso de Ángel Rodríguez Luño en su Ética. Y, el psiquiatra Enrique Rojas, en su obra La felicidad, después de revisar la historia de este concepto, propone el trabajo, el amor y la cultura como los principales factores que conforman la personalidad humana, donde los dos primeros, sin grandes distorsiones, podrían engranar bien en las consideraciones de este trabajo sobre “bienestar social” y “paz”.

<sup>9</sup> De nuevo Aristóteles, puede considerarse como el pionero de este planteamiento, y hasta nuestros días se ha mantenido que la verdad, el conocimiento, es el bien mayor propio del entendimiento.

<sup>10</sup> Alasdair MacIntyre desarrolla lucidamente este punto en su obra Tras la virtud, contrastando los argumentos clásicos y los liberales con la filosofía tomista.

<sup>11</sup> Al menos en los escritos de San Agustín (De civit., 19, 15), seguidos hasta nuestros días por varios autores, especialmente, la tesis doctoral de Hannah Arendt y los trabajos del cardenal Ratzinger.

<sup>12</sup> Se puede consultar el trabajo de A. Millán Puelles, citado anteriormente.

procura la práctica de la virtud.

Por último, el concepto de “cultura” se entiende como el conjunto de “ideas” (valores) que ayudan al hombre a su preparación para lograr su propio bien en un contexto de servicio a la comunidad<sup>13</sup>. Por ejemplo, el concepto de matrimonio, de familia y de la vida en todas sus fases, desde la concepción hasta la muerte, la trascendencia y el derecho a la educación, son aspectos diferenciadores de toda cultura que se manifiesta en formas concretas, y de su concepción depende el rumbo de la cultura.

Se trata, por tanto, de certificar empíricamente que estos tres componentes, paz, bienestar social y cultura forman parte del bien común, estableciendo además las asociaciones entre ellos.

**El modelo causal del bien común y el papel de los medios en la formación de la autoridad**

Por “autoridad”<sup>14</sup> se entiende la aceptación de que alguien es más competente en un campo determinado y, con más o menos raciocinio sobre sus propuestas, se obliga a seguirlas dada la verdad o experiencia que encierran<sup>15</sup>.

Si la virtud, un hábito bueno y estable, es un aspecto central de la vida comunitaria, y esta se “aprende” en su seno, según

hemos visto con MacIntyre, se requiere que alguien que sabe más la enseñe con su conducta. Por lo tanto, la ejemplaridad de los actores más destacados en la vida familiar y social, es algo exigible. Su ausencia puede resultar en una crisis de autoridad, y ser causa del “desencanto” actual de los jóvenes en tantas facetas fundamentales de la vida, tal vez fruto del apoyo a la tesis de las “ideas innatas” del racionalismo, que tanto y, tal vez, tan inadvertidamente ha penetrado en la educación. Si hay ideas innatas, no se requiere ni de enseñanza ni ejemplo; basta con que cada quien siga las suyas. Según lo expuesto hasta este momento, se puede deducir que la “autoridad” es una condición necesaria en una comunidad para que surja la contribución al bien común, de lo cual se habla muy poco.

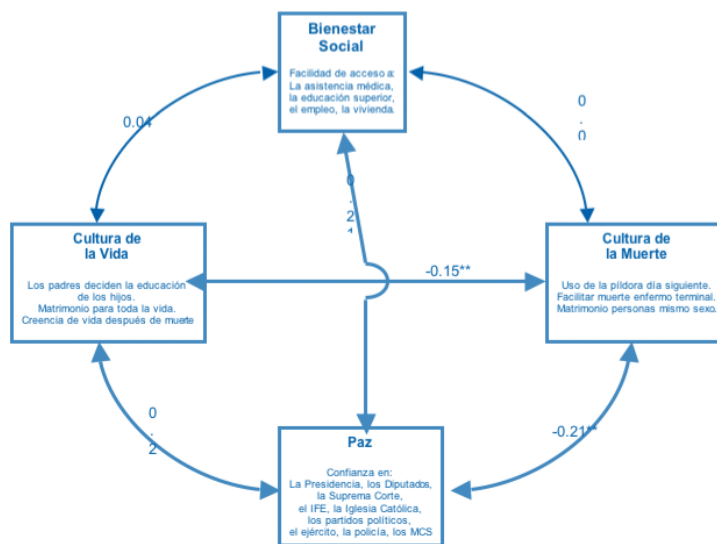
De acuerdo con esta discusión, el “conocimiento” se vuelve una condición necesaria para quien tiene autoridad. En el campo de la política son escasos los ciudadanos que tienen acceso a la gestión del sistema político. De ahí la centralidad de los medios de comunicación para informar al público de lo que ocurre en su comunidad. Por tanto, se puede pronosticar que la “atención” de

un ciudadano a la información política redundará en un mayor conocimiento de su sistema social.

Decimos “atención” a la información política y no “frecuencia” de exposición a ella, porque la primera exige un cierto grado de esfuerzo voluntario para el receptor, de donde se espera obtener una mejor asimilación y aprovechamiento en términos de conocimiento. Es un proceso similar al ocurrido en un salón de clase; la diferencia en conocimientos es notable entre quienes “asisten” y calientan la banca, y los que “atienden” con una participación activa.

Por estas razones, quienes se dedican como expertos, “spin doctors”, al diseño de mensajes políticos, saben que importa más captar la atención de los receptores que el mero difundir algo. No se trata tanto de filtrar al público un buen mensaje como de saber decir lo que es pertinente para el receptor, de la manera adecuada, en un momento determinado. Sin duda la repetición de

Figura 2  
La interacción de los elementos del “bien común”



Todos los números de las relaciones son coeficientes "Pearson".  
\*\*La correlación es significativa al nivel 0.01.

<sup>13</sup> Evandro Agazzi, filósofo de las ciencias, propone este enfoque en algunos de sus escritos, por ejemplo, El bien, el mal y la ciencia.

<sup>14</sup> En este apartado seguimos, hasta cierto punto, los argumentos propuestos por J. M. Bochensky, en su obra, ¿Qué es autoridad?.

<sup>15</sup> Conviene distinguir claramente el concepto de “autoridad” de otros próximos, tales como “autoritarismo”, “poder” y “liderazgo”. Mientras el autoritarismo se concibe como la imposición de una “forma de pensar” (Adorno y su escuela lo ven como una característica de la personalidad, que ha resultado difuso en su aplicación), el poder (la “potestas” romana) se concibe y ejerce mediante una “orden” emanada del cargo que se ostenta, y la conceptualización de liderazgo se centra más bien en la “tarea” a realizar, siguiendo los criterios de eficacia y eficiencia. Sin duda el encargado del proyecto Oppenheimer, creador de la bomba atómica, tenía las dotes de liderazgo para conducir con éxito la realización de la tarea. Por eso, algunos autores, conscientes de esta limitación, deben añadir a este sustantivo el adjetivo de “bueno” o con “valores” cuando tratan el tema de liderazgo. En estos casos, el concepto en sí mismo no suele hacer referencia a la contribución al bien de la “forma de pensar”, de la “orden” o de la “tarea” realizada. En términos de comunicación, el concepto “autoridad” implica además un cambio de paradigma: del punto de vista del emisor, como algo dirigido (así es el caso del “autoritarismo”, “poder” y “liderazgo”), a una perspectiva del receptor, como una aceptación libre de quien recibe un mensaje.

un mensaje tiene su impacto, pero importa mucho más para lograr un conocimiento estable, la libre atención puesta a las informaciones políticas y su asimilación.

### Resultados de la contrastación del modelo causal propuesto

Para probar este modelo<sup>16</sup> se obtuvo una muestra representativa de entre los jóvenes de 18 a 25 años de edad de las 16 delegaciones del Distrito Federal<sup>17</sup>, en la etapa última de la campaña presidencial para las elecciones de 2006. La edad elegida pretende obtener el perfil de quienes nunca habían participado en una elección presidencial, y de esta manera advertir con mayor nitidez el impacto de los diferentes actores en el proceso de socialización de los jóvenes sin experiencia política previa.

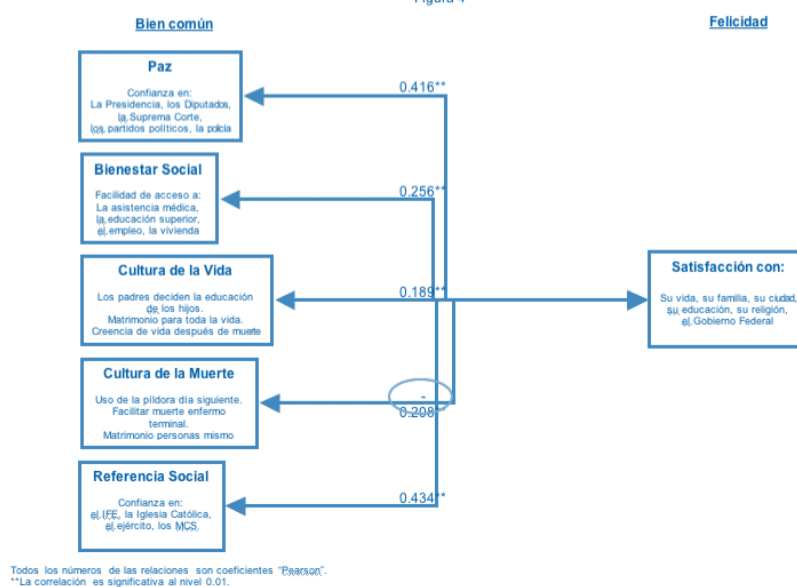
En este estudio se confirma la presencia de los tres factores predichos en el concepto de bien común: la paz, como eje del bien común; el bienestar social y los valores de la cultura (Vid. figura 2). Sin embargo, emerge un cuarto factor que, debido a sus componentes, denominamos “referente social”, un elemento orientador, alusivo a quienes velan por la gestión del bien común (no de quienes se encargan del mismo, mejor representados por el factor de “paz”), que representa un hallazgo importante para afinar la definición de bien común, y no se trata por los autores que han estudiado este concepto. En este factor se agrupan significativamente, la “confianza” en el IFE, la Iglesia, los

medios de comunicación social y el ejército<sup>18</sup>. Resulta interesante notar que los medios de comunicación tienen también esta función referencial, un matiz distinto —sintonizado con la perspectiva del receptor— a lo que los teóricos proponen en este campo bajo la visión del emisor (“surveillance”), confirmando así la importancia de los medios para el ciudadano en un sistema democrático.

Otro aspecto notable en este estudio es descubrir que el factor denominado como valores de la “cultura” tiene dos ámbitos: el de “cultura de la vida”<sup>19</sup> y el de “cultura de la muerte”<sup>20</sup>, negativamente asociados entre sí. Y mientras la “cultura de la vida” se asocia significativamente con la paz, la “cultura de la muerte”, representada por los ítems señalados en la nota 20 de este texto, guarda

con ella una relación opuesta, negativa. Dicho de otra manera, en el seno mismo del bien común se halla explícito el único ingrediente que atenta directa y sustantivamente contra la paz. Debemos advertir brevemente, que el bienestar social apenas guarda una relación positiva con la cultura. Este hecho, muestra que si bien el bienestar social forma parte necesaria del bien

Figura 4



común, el verdadero sentido de los bienes culturales o bienes del espíritu no reside en el bienestar, pero sí se asocia de manera significativa con la paz.

Si ahora nos referimos a la tendencia natural o deseo de todo hombre, la felicidad (Vid. figura 4), encontramos, de acuerdo a nuestra predicción, que quienes confiesan sentirse más satisfechos con su vida son precisamente los que más contribuyen al bien común, y, según el análisis, no existe ningún otro camino causal para lograr

<sup>16</sup> La causalidad teórica del modelo propuesto se estudia mediante el análisis estadístico conocido como análisis de caminos (“path analysis”). En realidad se trata de esclarecer con este método el impacto estructural de un conjunto de variables, estimando la contribución de cada una de ellas al proceso causal que se analiza, a partir de un modelo teórico establecido de antemano.

<sup>17</sup> El estudio se realiza durante el mes de mayo de 2006, por medio de un cuestionario de 80 preguntas, presentado a 650 entrevistados por estudiantes de Comunicación de los últimos semestres de la carrera, debidamente entrenados, como parte del estudio de “socialización política” dentro del que se evalúa la contribución relativa de los medios a este proceso. La confiabilidad de la muestra oscila entre un más-menos 5%. La distribución de su estatus socioeconómico se ajusta a los patrones del INEGI, y la intención de voto por un candidato específico, por ejemplo, refleja que un 33.6% de los encuestados favorecía a Calderón y un 33.2% a López Obrador, una diferencia que coincide con el resultado final de la elección y cercano a las encuestas de Mitofsky para ese mes de mayo, que daban un empate cerrado entre los candidatos punteros de 33%.

<sup>18</sup> Conviene notar que el ítem relacionado con el ejército tiene un carácter ambivalente, pues aparece, aunque con menor peso, en el factor referido a la “paz”, indicando que la coacción pertenece a la potestad del gobernante.

<sup>19</sup> El factor llamado “cultura de la vida” engloba los siguientes ítems: el derecho de los padres a la educación de los hijos, el matrimonio es para toda la vida, y creencia en la vida después de la muerte.

<sup>20</sup> El factor correspondiente a “cultura de la muerte”, subsume los siguientes ítems: uso de la píldora del día siguiente, facilitar la muerte de un enfermo en su fase última, y aprobar el matrimonio entre personas del mismo sexo. Este término fue acuñado por Juan Pablo II, pero nunca se había confirmado empíricamente.

la felicidad. Por ejemplo, la propuesta marxista de que las diferencias en estatus socioeconómico causan las diferencias en la relativa satisfacción del pueblo, se desconforma en este estudio. La correlación entre estatus y felicidad es cero. Y confirma que la tesis de los “dos Méxicos” no tiene soporte empírico. Es más duro aceptar la verdad de que hay un solo México, marcado por la falta de solidaridad con nuestros semejantes, un hecho realmente indignante. A veces se enmascara este hecho, que requiere de soluciones adecuadas, con un velo de humanismo y se transporta a otro ámbito para justificar las propuestas de quienes merodean en las ideas centrales de la llamada “cultura de la muerte”.

Si se consideran las partes del bien común, sólo quienes abogan por la “cultura de la muerte” no son felices. Cuanto más las ideas personales comulgan con esta cultura, menos satisfechos se encuentran consigo mismos y con los demás.

El concepto de autoridad se confirma también como condición necesaria para el logro del bien común, a través de su influencia en la “pertenencia” a asociaciones cívicas y religiosas,

y, en menor grado, por medio de la intención de voto. Llama la atención que la “pertenencia” a diversas asociaciones no tiene una conexión causal con la participación o “intención de voto”, pero sí con la “autoridad”. Este camino causal arroja luz sobre la discusión previa en donde se enfatizaba la importancia de la ejemplaridad. La falta de personas ejemplares en el ámbito público —y en otros ámbitos— podría ser la causa de la defeción de los jóvenes de tantas tareas nobles.

Por último, podemos afirmar que los medios de comunicación a través de sus noticiarios, son causa del conocimiento político, requerido para ser considerado como autoridad en este campo, y por ende, su contribución es positiva, algo que no ocurre entre quienes dedican su tiempo al género del “entretenimiento”. De hecho, la asociación entre el tiempo dedicado al entretenimiento y la atención prestada a las noticias públicas es negativa y significativa.

Vale la pena revisar además, que si bien la “frecuen-

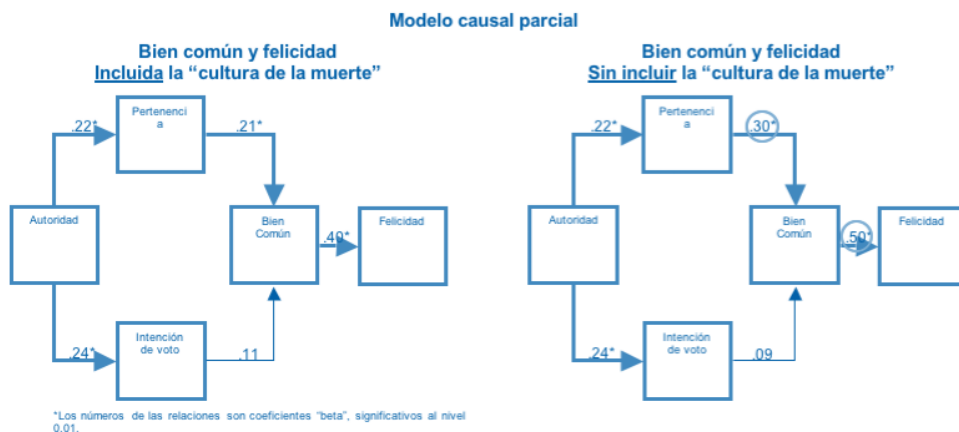
cia” y la “atención” dada a las noticias contribuyen ambas a generar conocimiento político, sin embargo, la tasa de contribución a éste se duplica para quienes están atentos. De nuevo, vemos que el proceso de comunicación se enfoca debidamente cuando se considera bajo la perspectiva del receptor, verdadera causa de la comunicación. Y los “spin doctors” competentes deberían darse cuenta de este planteamiento. Asimismo, en nuestro modelo se advierte que un ambiente de libertad en la familia favorece el acceso a los medios de comunicación en su contenido noticioso, fuente inequívoca del conocimiento político.

**Comentarios finales**

Este estudio aclara que en la definición de bien común intervienen cuatro factores: la paz, el bienestar social, la cultura de la vida y la de la muerte, y el de referencia social, siendo este último una novedad en el estudio del concep-

to. Queda manifiesto que la cultura de la muerte es el único elemento negativo de estas partes, y atenta directamente contra la paz. Y la posibilidad de ser felices se da como consecuencia

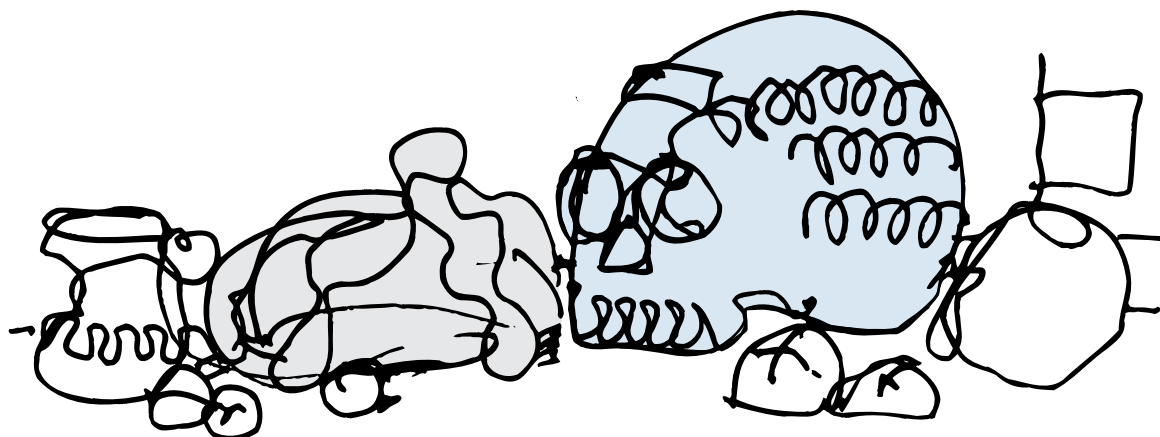
Figura 3



de contribuir al bien común, con la excepción de la infelicidad manifiesta de quienes sus ideas convienen con los ítems que integran la cultura de la muerte. Tampoco las diferencias socioeconómicas hacen a los hombres más o menos felices.

Asimismo, la autoridad se establece como una condición necesaria en la vida de la comunidad, pues su presencia estimula la contribución al bien común de los jóvenes, pero no directamente, sino a través de la pertenencia a varias asociaciones y a la intención de participar en las elecciones.

Los medios resultan ser un agente clave en el proceso de comunicación política, no a través de los cambios de actitudes, sino generando conocimiento y formando autoridades en este campo. Cuando se toma la perspectiva del receptor en los procesos de comunicación aparece la fuerza de la libertad personal ciudadana, que elige y decide más allá de los proyectos persuasivos de los emisores, y de la relativa banalidad de propuestas sofistas.



Por último, si consideramos que la muestra de este estudio se entresaca de los jóvenes de menos de 25 años, casi la mitad de la población de México, un estudio de “socialización” nos dice que las cosas pueden cambiar, pero son tercas a los cambios bruscos. El futuro que nos espera puede ser más o menos lo que estos jóvenes piensan hoy. Las decisiones de mañana se toman en parte con el conocimiento que tienen hoy y la experiencia adquirida en su vida, muchas veces modelada por el ejemplo de quienes hacen cabeza en un sistema social.

#### Pregunta final: ¿Y si desaparecieran los valores de la “cultura de la muerte” de nuestra sociedad?

En la realidad no va a desaparecer nunca la cultura de la muerte. Sin embargo, se puede modelar estadísticamente lo que ocurriría si estos valores insertos en ella desaparecieran. En la figura 3 se muestra el resultado de este experimento, fundamentado en la realidad de los datos obtenidos en nuestra muestra. Si se suprimieran del bien común los valores que encarna la cultura de la muerte, aumentaría significativamente la contribución de la “pertenencia” a asociaciones políticas y religiosas al bien común. Vemos entonces que la cultura de la muerte no sólo atenta contra la paz, sino que también contrarresta el trabajo de quienes en sus trabajos tienen como norte de sus vidas el bien común. Además, y siguiendo con el modelo de socialización expuesto, se incrementaría también significativamente la felicidad de quienes habitan en el Distrito Federal, tal como se muestra en la figura 3.

Sin embargo, si bien los efectos negativos de la “cultura de la muerte” no se pueden anular, sí se pueden aminorar si reforzáramos los factores que conducen al bien común de la sociedad, propuestos en el modelo de socialización: la familia, el enfoque de las relaciones con los medios y la autoridad. Por ejemplo, la inversión en la educación en la libertad por medio de la familia, respetando el principio de subsidiaridad<sup>21</sup>, proporciona dividendos, según hemos

visto, facilitando la conexión de los jóvenes con la información política de los medios. Asimismo, los jóvenes de nuestra muestra usan preferentemente los medios con fines de entretenimiento (por encima del 50%, exceptuado el periódico). Por esta investigación sabemos además que este contacto con el entretenimiento se opone a la adquisición de conocimiento político porque no le prestan atención. Entonces, sin tratar de adentrarse en el poco recomendable camino de cambiar sus actitudes, el modelo estudiado sugiere el diseño de una posible estrategia de comunicación acercando la política a los jóvenes por medio del entretenimiento. Este acercamiento “calculado” tuvo su origen en la aparición del candidato Clinton a la presidencia de Estados Unidos tocando el saxofón en el programa de Jay Lenno. A partir de ese momento, se ha confirmado el impacto de este tipo de intervenciones de los políticos en el entretenimiento televisivo, en términos de ganancias significativas a la hora de depositar el voto de los jóvenes<sup>22</sup>.

La autoridad del modelo es otro punto crucial para incrementar la colaboración al bien común. Para ello, convendría elaborar una estrategia de búsqueda en la comunidad de quienes verdaderamente son percibidos como ejemplares por el resto de los ciudadanos.

Entonces, el modelo de socialización política que aquí hemos probado nos indica el camino a seguir para ir afinando un sistema social en donde la juventud de México y la política vayan convergiendo en ese bien, en teoría querido por todos, que convierte a las personas en ciudadanos más felices. ■

(En este trabajo agradezco la aportación invaluable de Raquel Huerta Sosa, Leticia Barrón, Fernando Huerta Vilchis y José Luis López, todos profesores de la facultad de Comunicación de la Universidad Panamericana, así como de cada uno de los alumnos que intervinieron en la realización de las encuestas).

la investigación y la experiencia en varios países desarrollados y en vías de desarrollo, avala el modelo de la libertad educativa cuando se aplica el sistema de “vouchers” propuesto por Milton Friedman en 1955; y la competición resultante de este libre juego, contribuye a mejorar la calidad educativa, incluso entre quienes se oponen a este tipo de medidas.

<sup>22</sup> Los estudios del experto en comunicación política, Steven H. Chaffee, confirman esta aseveración.

<sup>21</sup> The Economist, May 5th, 2007, “Free to choose, and learn”, p. 73, muestra como